



Castigo

Algunos habéis preguntado, en torno a esta pandemia, si puede hablarse de un castigo de Dios al hombre, para que nos arrepintamos de los pecados. Tal vez sea la Pascua el momento más adecuado para afrontar la pregunta, pues aquí se desvelan los planes definitivos de Dios para la historia. A esta luz leemos, en la segunda semana de Pascua, el Evangelio donde se dice que Dios no ha enviado a su Hijo al mundo a condenar al mundo, sino para salvar al mundo (Jn 3,17). A la vez, se dice que quien no cree en el Hijo está condenado y sobre Él permanece la ira de Dios (Jn 3,36).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan de la ira de Dios, de su enfado. De esto podemos aprender el rechazo total de Dios con respecto al mal. La oración de los salmos suplica a Dios que destruya el mal, porque entiende que entre Dios y el mal no puede haber componendas. Ante su presencia desaparece el mal, como la nieve se derrite ante el sol. Algo parecido podemos decir de la purificación que Jesús realiza en el Templo de Jerusalén, para devolver la santidad a la casa de su Padre.

¿Y qué decir ante los males concretos que sacuden la historia, como este coronavirus? No basta decir que Dios no tiene nada que ver con él, que se trata de procesos naturales que marchan por su cuenta. Serían excusas baratas. Dios es el Señor de la historia y puede derrotar el mal. No cae ni un pajarillo del cielo sin que Él lo sepa. Mucho más se cuida de cada hombre y de cada pueblo. Lo que sucede ha sido permitido por Él, y Él puede haberlo enviado. Lo que Dios nunca puede enviar ni querer directamente, sino solo tolerar, es el pecado, pues este consiste en oponerse directamente a su querer. Y este es el verdadero mal que quiere destruir, y permite a veces otros males para destruir este mal radical.

Una cosa es decisiva, entonces, para entender por qué Dios puede querer un mal. No se trata de un castigo como venganza, sino de una llamada al hombre para que se aleje del pecado y se acerque a él. San Agustín dice en su *Ciudad de Dios*, refiriéndose a los males que suceden en la historia: “más que la severidad del Dios que castiga, es la misericordia del Dios que avisa”. Así interpreta el hombre, desde la providencia, todo lo que le sucede, incluidas las enfermedades. Hoy el coronavirus es como una enfermedad que toca a toda la sociedad. Y podemos verla como llamada a la conversión. Jesús dijo que Dios es el agricultor, que corta los sarmientos que no dan fruto y poda los que dan fruto, para que den más fruto (Jn 15). Esta es una clave de los sufrimientos que nos suceden: corta a quien no da fruto para que entienda que es estéril y tiene que volver a Él; poda a quien da fruto, porque Dios es incansable en su esperanza hacia nosotros.

¿Qué conversión nos pide en este momento de coronavirus? Podemos escuchar su llamada para que recordemos de nuevo que Él es la fuente de todo bien, y que sin Él no hay vida, ni vida social, nosotros que le hemos olvidado. Escuchar su llamada a recordar a los más débiles, los niños no nacidos, los ancianos de los que queremos librarnos con la eutanasia. Su llamada a volver a valorar los vínculos y las relaciones, hoy que los vemos amenazados por el virus, y entendemos qué malo es considerar al hermano como un peligro. A quien sabe ver, el coronavirus desvelará la esencia del pecado, personal y social, y moverá a regresar a Dios, para dar más fruto.

Dejo lo esencial para el final. Cuando pensamos en la justicia de Dios que actúa en la historia, recordemos que, según la fe cristiana, Él no ha actuado, por así decir, desde el otro lado del sufrimiento. Si hablamos de castigo, recordemos que el castigo saludable ha caído, en primer lugar, sobre el mismo Hijo de Dios, y ha removido las entrañas compasivas del Padre. La carta a los Hebreos habla así de las persecuciones que sufren los cristianos, entendiendo que son queridas por Dios: “Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos” (Heb 12,7-8). Pero esta corrección, la misma carta nos invita a leerla a partir del sufrimiento de Cristo, pues de Él se dice que, como Hijo, “aprendió sufriendo a obedecer...” (Heb 5,8).